

Las Últimas Noticias

DIARIO-MAGAZINE DE SANTIAGO PARA TODO CHILE

SANTIAGO DE CHILE, MARTES 22 DE ABRIL DE 1941

DE NUESTROS REDACTORES.—

COMPENSACIONES

HAY DIAS EN QUE uno amaneca de buen humor si no muy alegre, por lo menos contento. Hay sol, niños, flores, la salud anda bien y el bolsillo, si no apuro, por lo menos provisto para dos o tres días. Pero, ¿qué pasaría si toma uno el agua y se, a grandes rasgos, cien bombas incendiarias cayeron sobre Londres. Cien mil bombas incendiarias, ni una más, ni una menos, cien mil bombas que le arruinan a uno la alegría, que hacen desaparecer el sol, las flores y los niños, que parecen atravesarse a uno el bigote provocándole deseos de disolverse, de desintegrarse.

Así me ocurrió días pasados. Llegué a mi oficina con tantas ganas de trabajar como de correr la maratón. Todo me parecía cargante, mi secretaria, el corrector de pruebas, los obreros, yo mismo apenas podía soportarme. Cien mil bombas incendiarias... Y así estaba, pensando en la forma más rápida y efectiva de alcanzar el nirvana, la disolución absoluta, cuando vi entrar a un mozo con la correspondencia. Me traía una carta, una sola. Bense, puede que adentro venga algo bueno, la noticia de que ha nacido algún niño, de que alguien ha mejorado de salud; en último término un cheque. Abrí el sobre. Adentro venía una Hoja arbórea publicación trimestral, órgano de la Sociedad Amigos del Arce. No me la comí por temor de que mi secretaria sanera Robando en dirección a la Comisaría más próxima. La deje sobre el escritorio y allí habría quedado y de allí habría ido a parar al canasto si no me hubiera acordado de que estos amigos del arce le dan a uno a veces agradables sorpresas. Tome, pues, la "Hoja arbórea" y empecé a nojearla: Sesiones, Correspondencia general, Tesorería, Registro de socios, Necrología, Asistencia de socios a las reuniones. ¡Bonito sumario! Hice un ademán en dirección al canasto. Me contuve, sin embargo, y seguí. Hice bien. En la página doce estaba lo que deseaba encontrar.

En la página doce se hablaba de una palma chilena, árbol bajo el cual, en 1544, en circunstancias que se preocupaba de algunas reuniones, siguiendo con esto las costumbres de los indígenas de la región, quienes celebraban allí sus parlamentos. Esa palma producía ya en esa época abundantes frutos, lo cual hace presumir que contaba a esa fecha con una edad no inferior a cien años. Y como estábamos en 1941 y la palma está tan lozana y hermosa como en su juventud, resulta que tiene la preciosa edad de cuatrocientos noventa y siete años. Dentro de tres años, cuando la capital de la provincia de Coquimbo celebre su cuarto centenario, la palma enterará su quinto siglo y entrará al sexto. Y entrará con toda pompa, pues el Club Rotario de La Serena ha lanzado la idea de expropiar el terreno en que la palma vive y nacer allí una plaza.

Esa era toda la noticia y me fué suficiente. Claro es que todo esto no impedirá que sigan cayendo bombas incendiarias sobre Londres —eso no lo podrá impedir sino Londres mismo— pero era una puerta de escape para mi angustia, un escape momentáneo, es cierto, pero alguna forma de respirar ha de buscar el que se está ahogando. Esa palma, con sus treinta y cinco metros de altura y sus quinientos años de vida, fué para mí una prueba de que no todo se está destrozando en el mundo y que aquello que se destroza puede volver a crecer. La vida es más larga que la destrucción.

Manuel ROJAS.